

CONOCIMIENTOS DE METEOROLOGÍA.

ROCÍO.—ESCARCHA.—SERENO.

Las menudas gotas de agua, limpias y transparentes, que en las frescas mañanas de otoño y primavera esmaltan las flores de los campos y la yerba de los prados, depositadas invisiblemente durante el silencio de una noche serena, forman el meteoro acuoso conocido con el nombre de *rocío*.

¿De dónde sale, ó de dónde cae, ó de dónde, en fin, viene esta, al parecer, misteriosa lluvia, que no solo escoge la noche para descender, sino que se deposita sobre la yerba con preferencia á la arena, sobre la tierra mullida con preferencia al suelo duro, sobre el papel y la madera mejor que sobre la piedra, sobre el cristal, por ejemplo, y no sobre el hierro?

Los antiguos alquimistas recogían con cuidado el rocío, que consideraban como una *exsudacion* de los astros, en la cual esperaban encontrar oro.

Algunos físicos han creído que era una lluvia muy fina que venía de las regiones elevadas de la atmósfera.

Otros, por el contrario, estaban persuadidos de que era una emanacion de la tierra humedecida.

Muchos atribuían al rocío propiedades extraordinarias.

Hoy mismo, en fin, no pocas personas creen que el rocío es un jugo que sale de la misma yerba, y dicen que las plantas *sudan*.....

El fenómeno, sin embargo, tiene una explicacion bien sencilla, y es el más conocido y fácil de comprender de cuantos en la atmósfera se producen.

El aire que por todas partes nos rodea, contiene siempre en mayor ó menor cantidad *vapor de agua*, ó sea agua en estado de vapor, producto de la *evaporacion* que incesantemente se produce en todos

los lugares y á todas temperaturas. Este vapor de agua, cuando se pone en contacto con un cuerpo de temperatura mucho más baja, se condensa, es decir, se licua, se convierte en agua, y moja la superficie del cuerpo depositándose en gotas más ó ménos abundantes.

Citemos ejemplos muy comunes.

Cuando en una habitacion, cuya temperatura es elevada, en verano, por ejemplo, se pone una botella de agua helada, se vé muy pronto cubrirse su superficie de gotitas de agua.

Cuando en invierno el aire exterior es muy frio, los cristales de los escaparates de las tiendas ó los de los balcones de las habitaciones, se cubren asimismo interiormente de humedad.

En ambos casos consiste el hecho en la condensacion del vapor de agua que hay en el aire que está en contacto con los cuerpos que se enfrian.

Pues bien, el rocío es un fenómeno enteramente igual. Durante el dia el suelo se calienta fuertemente por la accion del sol, y por la noche, cuando el tiempo está sereno y el cielo despejado, *irradia* ó pierde calor rápidamente; su temperatura descende muchos grados bajo los que tiene la capa de aire que le rodea, y el vapor de agua se condensa y deposita sobre los cuerpos esparcidos por su superficie.

Comprendido así el fenómeno, se explican muy fácilmente todas las condiciones que á su formacion acompañan.

Concíbese primeramente qué debe necesitarse, para la formacion del rocío, que el aire contenga mucho vapor de agua, es decir, que esté impregnado de humedad; de modo que en verano, época de sequía, no puede producirse, al paso que en la primavera y el otoño, cuando el suelo

está empapado de agua por las lluvias del invierno ó las tempestades de fin del estio, esta condicion está cumplida.

Es preciso tambien que la diferencia de temperatura entre la máxima y la mínima sea muy considerable, de modo que el suelo, fuertemente calentado durante el día, é igualmente las capas de aire que le rodean, se enfrie notablemente durante la noche. Esta gran diferencia de temperatura ó amplitud de la oscilacion termométrica durante 24 horas tiene lugar en las estaciones dichas, y no se verifica en el invierno. De aquí se desprende tambien que el enfriamiento, no teniendo lugar durante el día, no puede formarse el rocío sino por la noche.

Estas ligeras, pero aquí suficientes consideraciones bastan para explicar por qué la misteriosa lluvia que decíamos, escoge para descender ciertas estaciones y ciertas horas; pero por qué no se deposita igualmente sobre todos los cuerpos y en todos los lugares? Esta es la propiedad más importante del fenómeno y en cuya explicacion nos detendremos.

La causa principal de la formacion del rocío es el enfriamiento rápido de los cuerpos en contacto con el aire. Todas las circunstancias que favorecen este enfriamiento aumentan la cantidad de rocío. Pero los cuerpos se diferencian unos de otros notablemente en la facultad de enfriarse ó perder calor, como se diferencian en la facultad de calentarse ó absorber aquel fluido. Indiquemos una experiencia que cualquiera puede hacer.

Si se pone al sol una placa de hierro no pulimentado y un plato con agua, se observa bien pronto, por el tacto, que el hierro adquiere un calor elevado, casi insoportable en estio, al paso que el agua, en igual tiempo, apenas se ha calentado. Esta experiencia, repetida con materias de todas clases, enseña que los cuerpos no pulimentados, de superficie desigual y de color oscuro, se calientan al sol con una gran facilidad, y aquellos cuya superficie es pulimentada y de color claro, y especialmente el agua, tardan mucho en calentarse. Se observa tambien, y este es el

punto importante para el asunto de que tratamos, que las mismas sustancias que se calientan con más facilidad, son tambien las que se enfrian más rápidamente. La experiencia demuestra asimismo que la temperatura de las rocas y de los metales no descende más de dos grados bajo la de la atmósfera, mientras que el descenso de la temperatura de la tierra, del papel, del vidrio y de la yerba llega algunas veces hasta ocho grados.

Hé aquí por qué el rocío se deposita con preferencia sobre estos cuerpos: siendo los que más se enfrian, producen la condensacion del vapor de agua del aire que les rodea, al paso que los metales y las rocas, á igualdad de circunstancias, conservan la temperatura más elevada durante mayor tiempo, y la condensacion puede no verificarse.

Falta aun explicar otra particularidad del fenómeno. Por qué se produce en las noches serenas y despejadas y no en las que hay nubes y el cielo está cubierto? ¿Por qué, aun en el primer caso y cuando todas las circunstancias son favorables al rocío, no se deposita al pié de los árboles y cerca de los edificios, sino en campo raso? por qué en los tejados y en las plazas y no en las calles?

La causa está tambien en la necesidad de condiciones favorables al enfriamiento para que el rocío se deposite. Bajo un cielo puro, los espacios planetarios que están á muy baja temperatura no envian á la tierra calor; y por el contrario, el irradiado ó lanzado por aquella se pierde en las regiones superiores de la atmósfera; pero si el cielo está cubierto, las nubes compensan por su irradiacion propia y por la reflexion el calor perdido por los cuerpos colocados en la superficie de la tierra. A través del aire seco, el calor del sol, durante el día, pasa con facilidad y calienta fuertemente la tierra, y á su vez el que esta emite por la noche pasa tambien con facilidad y se acelera el enfriamiento; al paso que las nubes, impidiendo este resultado, moderan los extremos de calor y de frio é impiden la condicion precisa para el rocío.

Y esta misma es la causa de que no se deposite al pié de los árboles ni en los pajales abrigados. Las casas, cobertizos, árboles y cualquier objeto protejen, como las nubes, la pérdida de temperatura.

Si el aire está agitado y el viento es fuerte, retarda, y aun impide, la formación del rocío. El aire que rodea á los cuerpos no tiene entonces el tiempo suficiente de enfriarse; el viento puede traer corrientes de aire más caliente; acelerando, en fin, la evaporación, se opone á que se depositen y conserven las gotas de agua.

En las costas son los rocíos más abundantes que en el interior de los continentes.

En alta mar, lejos de las costas y de los continentes, no puede formarse por la homogeneidad de la superficie y por la movilidad del agua.

Cuando las circunstancias son favorables, el rocío se deposita durante toda la noche, y no, como algunos físicos han creído, solamente por la tarde y á la madrugada.

La cantidad que se deposita cada noche puede medirse fácilmente, colocando al aire libre cuerpos cuyo peso se conozca exactamente, y pesándolos despues que estén cubiertos de las gotas de agua.

Con lo que precede, y sin entrar en más extensos detalles, nos parece que queda explicado el fenómeno del rocío en sus puntos más esenciales, y conforme al carácter de este libro. Pasemos ahora á otro fenómeno de igual naturaleza, conocido con el nombre de *escarcha*.

La escarcha se produce y forma por los mismas causas que el rocío: es el resultado del enfriamiento rápido y desigual de los cuerpos y de la condensación del vapor de agua del aire que con ellos está en contacto. La diferencia está en que siendo el decrecimiento de temperatura más considerable, el vapor de agua no solo se condensa ó pasa al estado líquido, sino que se congela y solidifica.

Todas las condiciones y circunstancias que son precisas para la formación del rocío, lo son también, y en mayor grado, para que resulte la escarcha. Por esto se

dice que la escarcha es *rocío congelado*. Sin embargo, tal vez esta frase no sea exacta, porque con ella se da á entender que primero se forman las gotitas de agua y luego se congelan. Pero siendo así, cómo la escarcha no conserva la forma de gotas heladas y la transparencia del rocío, sino que se presenta en agujas ó pajitas entrelazadas y opacas?

Esta observación ha dado lugar á la opinión de que en el momento de caer el rocío se congela y acumula sobre los objetos por capas diversas, contraria á la de los que creen que la congelación es posterior á su formación y depósito.

No creemos de este lugar exponer las observaciones que se han presentado en apoyo de una y otra opinión, y las omitimos por lo tanto.

La escarcha es muy perjudicial á las plantas, y se comprende que sus efectos sean destructores, considerando solamente las circunstancias necesarias para que se forme. Los agricultores lo saben bien, y para preservarlas evitan que se forme el rocío, bastando para conseguirlo abrigar las plantas con una simple cubierta de esteras, que impide la pérdida del calor absorbido durante el día y su enfriamiento por la irradiación.

Hablemos, por fin, de otro fenómeno análogo á los anteriores, que es el *sereno* ó *relente*.

Procede también el sereno de la condensación del vapor de agua que hay en la atmósfera, pero por causa de su enfriamiento propio, no por el contacto con los cuerpos esparcidos por la superficie del suelo.

Cae en forma de una lluvia muy fina que apenas produce gotas visibles, sino simplemente una ligera humedad, y en nuestros climas sucede durante el estío y despues de la postura del sol.

Se observa especialmente en los valles ó esplanadas bajas y poco distantes de lagos y de rios, cuyo ambiente está muy cargado de vapores. La atmósfera, no pudiendo contener al estado de vapor la misma cantidad de agua cuando la temperatura desciende rápidamente á la pos-

tura del sol, el exceso de vapor se condensa y produce el sereno.

La sensacion prolongada del relente de la noche es perjudicial á la salud del hombre y de los animales. Se produce un enfriamiento rápido despues de haber adquirido y estado expuesto á una tempera-

tura mucho más elevada, y además es de presumir que se aspira con la finísima lluvia y húmedo ambiente el vapor de agua mezclado con corpúsculos y materias desconocidas y acaso perjudiciales que hay en suspension en la atmósfera.

F. CARVAJAL.

CONOCIMIENTOS DE AGRICULTURA.

De las labores en general.

De cuantos medios se vale el hombre para proporcionar á las tierras la fertilidad necesaria á las buenas cosechas, ninguno es tan importante ni merece más atencion y cuidados que las labores, y sin embargo, es el que más deja que desear en España, ya por la imperfeccion de los instrumentos que para ello se emplean, ya tambien por la manera de ejecutarlas.

De poco sirve que los terrenos sean de la mejor calidad, estén situados bajo la influencia de un clima favorable y tengan la exposicion más adecuada al objeto, si las labores, practicadas con oportunidad é inteligencia, no vienen á comunicarles cualidades que ellos no tienen y á aumentar las que poseen.

Que las labores se hagan con la laya, el azadon ó la pala, ó con las diferentes especies de arados conocidos, siempre darán resultados idénticos, aunque en desigual escala.

El ahuecamiento de las tierras, considerado en su mayor sencillez, es una condicion esencial de cultivo; permite el acceso al aire atmosférico y á la humedad, á favor de los cuales se verifican, en el seno de aquellas, numerosas y variadas operaciones químicas que dan por resultado la descomposicion de las materias que las constituyen, y de otras que accidentalmente pueden existir, y la formacion de productos nuevos, adquiriendo todos la solubilidad indispensable á su absorcion

por las raices y á su apropiacion, en calidad de alimentos, por los vegetales.

Un suelo duro, tenaz y compacto es impermeable al aire y á la humedad. Las aguas de lluvia, no pudiendo penetrar en él, se estancan en su superficie, si esta es plana, y ocasionan el encharcamiento de las tierras, con grave riesgo de que las plantas perezcan por la facilidad con que las raices pueden podrirse, ó bien se deslizan por las pendientes, perdiéndose para la vegetacion gran parte, no solo de las aguas, cuya accion es tan conocida, sino tambien de preciosos gases que, al caer aquellas, arrastran consigo de la atmósfera, y cuya importancia nadie pone hoy en duda.

En el primer caso, cuando los terrenos se encharcan, el mantillo (residuos de sustancias vegetales y animales) entra en putrefaccion; los gases amoniaco, ácido carbónico, etc., que se desprenden y que tan activa parte toman en la nutricion de las plantas, pasan á formar parte de esa gran masa gaseosa que llamamos atmósfera; y aunque es cierto que no se pierden completamente para la vida de los vegetales, puesto que las raices no son las únicas partes por donde se efectúa la absorcion, tambien lo es que aprovechan mucho mejor los que, más concentrados y presos, en cierto modo, por las diferentes capas del terreno, se encuentran al alcance de las raices, disueltos en un ve-

hículo conveniente y mezclados á otras sustancias que concurren al mismo fin.

En el segundo caso, cuando las pendientes son bastante rápidas para que las aguas corran con alguna velocidad, se produce lo que puede llamarse el *lavado de las tierras*. Los restos orgánicos, tallos, hojas, etc., de los vegetales, excrementos y otros residuos de los animales, más ó ménos modificados por causas, cuya explicacion es ajena á nuestro propósito; las sustancias minerales, solubles ó no, pero capaces de suspenderse en el líquido, son arrastradas por las corrientes de este que, privando al terreno de donde parte del manantial más precioso de su fertilidad, va á aumentar con su riqueza la de otros terrenos que, colocados más bajos, se encuentran más favorecidos por la naturaleza.

Hé aquí, aparte de otras causas, ménos importantes sin duda, la razon de ser de la arrogancia, lozanía y esplendor de las plantas que tienen la buena suerte de crecer en los valles, en las vegas y en las riberas de los rios.

Otras veces acontece que las aguas, juntamente con las sustancias que conducen, se pierden directamente en el caudal que llevan los rios ó arroyos, donde van á terminar.

Destruyendo, aunque de un modo pasajero, la cohesion de los terrenos, y haciéndolos más porosos, las labores aumentan su higroscopicidad, facilitando la llegada del agua á mayores profundidades, donde permanece como en depósito, conservando el frescor de las tierras y ascendiendo gradualmente á medida que desaparece de la superficie por la evaporacion ó por el gasto que ocasionan los fenómenos vitales de las plantas.

Además de los resultados expuestos que el agricultor puede esperar de las labores, aun de las más imperfectas, añadiremos otros no ménos importantes. Siempre voltean más ó ménos la tierra exponiendo al contacto de la atmósfera porciones de ella que han permanecido cierto tiempo á la sombra, y aumentan la superficie de este contacto, durante el cual se satura

de gases fertilizantes que tan benéfico influjo ejercen en la vida y desarrollo de los vegetales, y cuyos fenómenos son tanto más notables, cuanto más prolongado ó duradero es dicho contacto.

Hállase confirmada esta verdad en la práctica constante de abrir con anticipacion los hoyos en que han de plantarse árboles, dejando la tierra expuesta durante muchos meses á la accion del sol, el aire y la humedad, y precisamente en esa misma verdad está basado un sistema de cultivo tan antiguo como vicioso, el de *barbechos*, el cual pudiera sustituirse ventajosamente por el de rotacion de cosechas, de cuyo asunto trataremos en otro ú otros artículos.

El desarrollo de las raices, indispensable á la robustez de las plantas, se ve tanto más favorecido cuanto menores son los obstáculos que les opone una tierra convenientemente preparada: en este caso se extienden y multiplican en todos sentidos, pudiendo así llegar á cierta profundidad donde acaso se hallen en más abundancia los materiales que han de servir de alimento á la planta.

La mezcla de los abonos con las tierras y la de sus diversas sustancias entre sí, se consigue tambien con el mismo procedimiento.

Por último, con el auxilio de las labores se puede disminuir ó atenuar la accion de muchas causas que conspiran á un fin contrario á las esperanzas del agricultor. El inconveniente de los declives del terreno se remedia en gran parte dando á los surcos una direccion oblicua ó completamente trasversal. El del encharcamiento, que tiene lugar en las tierras fuertes, arcillosas, cuando su superficie es plana y las lluvias abundantes, disminuye visiblemente por la costumbre, casi general entre nuestros labradores, de abrir de trecho en trecho profundos surcos perpendiculares á los que constituyen la labor: de este modo consiguen que las aguas acumuladas en los segundos se dirijan hácia los primeros, con los cuales comunican por los puntos de interseccion, quedando así libre del exceso de humedad el mayor

número de las plantas que se cultivan.

Las malas yerbas oponen grandes obstáculos á las cosechas. Algunas veces se multiplican tan prodigiosamente, que llegan á apoderarse por completo de los campos, roban el alimento á los vegetales, por cuya prosperidad se afana el agricultor; y privándolos del aire y de la luz, los hacen perecer. El mejor medio de concluir con ellas es hacer las labores de modo que los instrumentos, penetrando á la misma profundidad á que llegan sus raíces, las saquen á la superficie, donde, expuestas al sol ó á las heladas, segun las estaciones, no tardan en morir, sirviendo despues sus restos de abono para las cosechas ulteriores.

Las galerías que los topos y otros animales construyen en los terrenos cultivados, y que tanto perjudican á las raíces de las plantas, quedan destruidas completamente con las operaciones de que nos estamos ocupando. Así desaparecen tambien las larvas de ciertos insectos, algunos muy temibles, como la langosta, que deponen sus huevos en la tierra, donde los hijos que han de nacer encuentran las condiciones necesarias á las metamórfosis ó evoluciones que sufren hasta alcanzar un desarrollo más ó ménos completo.

Hemos visto los importantes resultados que el labrador puede obtener por medio de las labores si las sabe ejecutar con acierto y oportunidad; si, por el contrario, no se hacen con la perfeccion debida, si se practican con instrumentos poco á propósito para dar vuelta á las porciones de tierra que remueven, con el objeto de que sus diferentes capas alternen, no solo en el orden de colocacion, sino tambien en el papel que deben desempeñar, si, en una palabra, esas labores son malas, como generalmente sucede en España, producen efectos lamentables, contándose entre ellos el empobrecimiento del terreno, y en su consecuencia la escasez, cada vez mayor, de las cosechas, cuyos frutos no son de la mejor calidad.

Para que lo dicho anteriormente pueda comprenderse con facilidad, se hace preciso saber; que de las diferentes sustan-

cias que entran, como esenciales, en la composicion de los terrenos, ninguna es soluble en el agua en su estado ordinario. La humedad, el aire, el calor, etc., producen en ellas ciertas modificaciones ó cambios necesarios á la adquisicion de la solubilidad, sin cuyo requisito no pueden servir de alimento á las plantas. El agua, cualquiera que sea su origen, disuelve las materias así preparadas, sirviéndolas, como ya hemos dicho, de vehículo para que puedan ser absorbidas por las raíces; mas como el fenómeno de la absorcion no es tan activo ni tan rápido que prive instantáneamente al terreno de la cantidad más ó ménos considerable del agua que ha podido penetrarle, resulta que esta descende tanto como se lo permite la naturaleza de aquel, llevando consigo las materias de que se ha cargado, y quedando las raíces rodeadas casi exclusivamente de materias que no pueden tomar. Al ascender nuevamente las aguas, dejan en el sitio que las ha servido de lecho un precipitado ó depósito de las sustancias que tenian en disolucion, fenómeno que podemos comparar, con bastante exactitud, con el que se advierte en la obtencion de la sal comun por evaporacion de las aguas de mar, y que, repetido tantas veces cuantas la tierra recibe aguas pluviales ó de riego, concluye por empobrecerla, á no ser que los abonos vengan á reparar, aunque incompletamente, las pérdidas que sufre de la manera y por las causas expresadas.

Hemos concluido de exponer con la sencillez que ha estado á nuestro alcance una série de consideraciones teórico-prácticas sobre las labores, creyendo que de este modo recordamos á los labradores el origen de algunos males de que adolece la agricultura en nuestro suelo, indicándoles al mismo tiempo el modo de remediar los inconvenientes que acarrear. Basta recordar lo que hemos dicho con referencia á la accion de las aguas, para comprender fácilmente que, en el seno de las tierras, que se cultivan de una manera tan imperfecta, existe una riqueza que es preciso explotar, y para lo cual, el mejor medio

es practicar, al cabo de cierto número de años, labores tan profundas como lo permita el terreno. Si se dudara de la verdad de nuestro aserto, diciéndose que nos perdemos en el campo de las hipótesis ó de las especulaciones científicas, haríamos presente que, en cualquier provincia de

España, sobre todo en las que comprende el territorio de la Mancha, los mismos labradores pueden demostrar cumplidamente que nuestras ideas están en perfecta armonía con la práctica.

ANTERO VIÚRRUN.

CONOCIMIENTOS DE HISTORIA.

Una mirada á la antigua Roma (1).

II.

Despojado por supuesto del traje contemporáneo, vestido ya con la túnica corta y el manto romano, el hijo de nuestro siglo necesita en verdad pocos momentos para confesar que estas prendas superaban en comodidad, en belleza y en varonil elegancia á todas las que usamos ahora.

Luego, dirigiendo la vista en torno suyo, quedaria sin duda sorprendido del número de viandantes, de vehiculos y de caballerías que circulaban por los caminos del imperio romano, sobre todo en aquella Italia que habia visto su milagroso desarrollo, y que identificada con el país del Lacio por mil analogías de clima, de idioma y de historia, era ya en tiempo de los Césares digna antesala y espacioso jardín de la gran metrópoli.

Treinta vias militares ó principales confluían á Roma de los diversos puntos del imperio, y en cualquiera de ellas en que supongamos á nuestro viajero, tendremos que imaginarle admirado de la construcción y conservación de aquellos caminos, que tan á conciencia se han estudiado en estos últimos tiempos dentro y fuera de España, y que no eran sin embargo más que las grandes arterias del imperio, correspondientes en cierto modo á nuestras carreteras de primer orden. Habia tam-

bien caminos *vecinales* para establecer comunicación entre las poblaciones más modestas; habia, por último, caminos particulares, ya para dar ingreso á las casas de campo, ya para llenar alguna servidumbre por las tierras y propiedades que á ella estaban afectas.

Todo esto podria nuestro viajero descubrir con muy pocos momentos de observación, examinando en las curvas y pendientes del camino los muros gigantescos, los puentes, las obras atrevidas de todo género que, para construir las grandes vias, habian llevado á cabo los romanos, trasportando á veces los materiales desde increíbles distancias, y abriendo líneas semejantes en casi todas las provincias de su dilatado imperio.

Pero apenas llegado á la Italia, y ántes quizás de que tendiera la vista por los caminos y los campos de aquella hermosa region, tendria que detenerse nuestro viajero, si caminaba como ahora con bultos de equipaje, para que los contratistas de la contribucion de aduanas examinaran la carga de las mulas ó de los carros y percibieran el derecho de *portorium* en el caso de que nuestro viajero llevara, entre los objetos que introducía, algun artículo comprendido en el arancel; con lo cual queda indicado que el impuesto de aduanas no es de modo alguno invención mo-

(1) Véase el núm. 1.º, pág. 6.

derna, y que los romanos vivieron en este punto mejor que algunos pueblos contemporáneos, puesto que aquella contribucion tuvo en el imperio de los Césares un carácter puramente suntuario, y nunca se organizó con las miras protectoras que aun determinan los aranceles de ciertos países.

Libre ya de los *portitores*, familiarizados sus miembros con el nuevo y airoso traje, acostumbrada la vista á las innumerables obras que todavía hoy nos hacen llamar trabajo de romanos á todo lo que es grandioso, y permanente, y titánico, podria el peregrino que suponemos observar con más detencion las risueñas campiñas que por ambos lados de la via solian cautivar al viajero. La division de las tierras y la perfeccion del cultivo habian de agrardarle más, conforme fuera acercándose á Roma; el sistema de riegos corresponderia quizás en algunos puntos al que nuestro viajero hubiera podido examinar entre los hijos afortunados de nuestra civilizacion. Pero lo que seguramente habia de sorprenderle, aunque le supongamos natural de París ó de Londres, de Florencia ó de Munich, serian las casas de recreo de los opulentos patricios romanos.

Anchas calles de árboles para dar ingreso á la finca; otras de vegetacion más modesta, alineadas con la minuciosa exactitud de los jardines ingleses; flores costosas y raras; plantas exóticas, invernáculos, estanques, florestas misteriosas; altos miradores; murmuradoras y artísticas fuentes; nada faltaba en aquellas espléndidas quintas; y entre tan diversos atractivos aparecian tambien como carácter dominante y para muestra especial de los gustos de sus dueños, estatuas y bustos, obras de arte esculpidas en trasparente mármol que representaban filósofos, repúblicos, poetas ó antepasados, ó los mismos dueños de aquellas encantadas mansiones.

Si el viajero cabalgaba en un corcel de la Numidia, más de una vez habria de refrenarle para contemplar con delicia aquellas primeras indicaciones de la estatuaría romana, tan abundantes allí como

suelen estarlo las malas estatuas de yeso en los jardines de nuestros banqueros. Si le suponemos en una litera, reclinado sobre almohadones de seda y llevado en hombros de esclavos, como solian viajar los romanos más afeminados ó más opulentos, tambien debemos presumir que asomaba la cabeza á cada paso, ya para percibir la belleza del campo, ya para vislumbrar la de alguna matrona que, en otra lujosa litera, se cruzara con nuestro viajero, rodeada de sus deudos y amigos, seguida y precedida por sus clientes y por sus esclavos.

Desdeñemos nosotros el curioso estudio de aquellos viajes; demos por terminado el de nuestro contemporáneo. A caballo, en litera, ó en uno de aquellos lujosos carros cuyas doradas ruedas competian con la caja, enriquecida por los relieves y las incrustaciones, ha subido ya nuestro viajero las alturas que dominan á Roma; descubre á lo lejos la ciudad de las siete colinas; baja luego por una via en cuyos lados van las casas disputando el terreno á las huertas y jardines; sortea despues con trabajo los vehículos de todas especies que en imponente número circulan por los arrabales, y entra por fin en la capital del mundo.

A la paz de los campos y al rumor interrumpido de los caminos ha reemplazado paulatinamente el ruido constante y desigual de las grandes ciudades. Gritan en diversos tonos los vendedores, llaman espectadores ó pregonan á voces sus habilidades los jugadores de manos, anuncian su llegada con un grito ó con el chasquido del látigo los que guian desde sus carros dos ó tres impacientes caballos, y fuera de las diferencias establecidas por el clima y por el traje, aparte de la diversidad que veinte siglos producen necesariamente en los gustos y en las construcciones, el aspecto general de aquel pueblo, el conjunto de sus habitantes, de sus trabajos y de su movimiento, produce una impresion muy parecida á la que hoy engendran nuestras grandes poblaciones.

Si el representante de nuestra época podia en breves instantes acallar la emo-

cion que aquel incomparable espectáculo habia de producir en su ánimo, si lograba, como suponemos, continuar desde luego sus observaciones comparativas, hallaria muy pronto, con uno ó con otro nombre, fondas donde alojarse y tabernas de muy varias gerarquias donde reponer las debilitadas fuerzas. Veria en torno suyo mendigos implorando la caridad, con rótulos en que expresaban la causa de su miseria, y aun con cuadros en que pretendian recordar un naufragio ú otro desgraciado suceso, motivo real ó supuesto de su lastimoso estado, ni más ni ménos que lo hacen ahora algunos pordioseros de nuestras poblaciones.

Penetrando más en la ciudad soberana tropezaria luego con tiendas de joyas, algo semejantes en la forma y acaso superiores en riquezas á las de nuestros modernos diamantistas; encontraria despues algunas librerías que completaban la semejanza de aquella ciudad con las de nuestro siglo; contaria más adelante mercados especiales para los cereales, para el pescado, para las legumbres, para todos los principales artículos, mercados tan abundantes en provisiones, tan animados por los reposteros y cocineros como suelen estarlo los de nuestras capitales. Veria luego las calles rotuladas, los dependientes de los ediles cuidando de mantener el orden en la circulacion; podria percibir, al cruzar entre algunos grupos, conversaciones políticas y otras en que, criticando las últimas obras líricas ó dramáticas, multiplicaban los ciudadanos romanos aquellas aceradas agudezas que inmortalizaron á Marcial.

Rótulos escritos en la pared con greda ó con carbon solamente, dirian al viajero dónde podia encontrar hospedaje, como lo dicen aun al observador algunas inscripciones de Pompeya, pues de la misma manera que un cartel nos indica hoy donde hallaremos el Hôtel de Paris, un par de líneas trazadas con almazarron sobre una esquina, manifestaban al extranjero y al romano en la elegante sobriedad del latin que *Julia recibía dos huéspedes y los cuidaría perfectamente hasta los idus de Mar-*

zo, y que Emilia tendria dos habitaciones disponibles para las calendas de Mayo.

Otros rótulos, en verso las más veces, aparecian sobre las paredes de algunas casas dando testimonio de la pasion feliz ó desgraciada que sus dueñas habian inspirado, y probando á la vez la cultura de aquel pueblo á los que, sabiendo leer, pudieran llegar á Roma sin conocer á sus proistas ni á sus poetas.

Una calle entera parecia particularmente destinada á la venta de los cosméticos, perfumes, postizos y adornos de tocador; otras varias se hallaban, como lo han estado algunas de Madrid, ocupadas en su mayor parte por los dedicados á un arte ú oficio determinado, y si de las vías que en cualquier region examinara pasaba nuestro viajero á una observacion detallada de sus edificios privados, veria en las casas opulentas un esclavo *nomenclátor* únicamente destinado á recibir los que llegaran y transmitir al punto sus nombres, como lo hacen los porteros en nuestras casas principales, mientras que en edificios más humildes podria distinguir á la entrada del átrio un perro atado á una cadena, sobre el cual aparecian dos palabras latinas que, literalmente traducidas, solo quieren decir: cuidado con el perro, pero que meditadas y comparadas equivalen sin duda á esos rótulos de *nadie pase sin hablar al portero*, comunes hoy en nuestros portales.

La vida romana, examinada rápidamente en su parte más vulgar y más pública, ofrece pues grande analogía con la nuestra; hay entre ambas diferencias de color y de forma; notable ventaja ninguna de las dos presenta. Veamos, pues, algo más allá; profundicemos un poco más el exámen sin salir aun de los hechos económicos y necesarios, sin apartarnos de la esfera material. Busquemos más datos de la actividad comercial, y nuestro viajero verá que en Roma podian comprarse y venderse todas las mercancías entonces conocidas, desde las ricas telas de Persia hasta las fieras de los desiertos africanos, desde las perlas orientales hasta las casas de la misma capital que algunos adqui-

rian en los momentos de incendio, haciendo sobre la propiedad urbana una especie de juego de bolsa, con el cual llegaron á poseer barrios enteros (1).

Pasando de las transacciones directas á otras formas indirectas del cambio, podría nuestro viajero hallar, á poco que buscara, casas de préstamo donde los ciudadanos de Roma empeñaban, no solo sus joyas, sino los mantos y la misma toga cuando el vicio ó la necesidad les estrechaban hasta aquel extremo; encontraría también en alguna basílica grupos de especuladores que, según la oferta y la demanda del dinero, fijaban su interés todos los días, como entre nosotros se cotiza el papel de la deuda, y en punto á alquileres tendría que observar algo más que analogías, notaría por parte de los romanos verdadera superioridad. En Roma, como en nuestras poblaciones, se alquilaban carros y literas, mulas y caballos, trajes, adornos de tocador, joyas para ostentar supuestas riquezas en los festines y en los paseos; esclavos que sus dueños explotaban subarrendándoles como bestias de carga; disfraces que el empresario de los aparatos teatrales sacaba de los teatros para este objeto, con anuencia del edil; por último, lloronas para dar el conveniente realce á aquellas pompas fúnebres que por su grandeza y magestad distaban mucho de nuestros humildes entierros. Todos estos objetos, sin embargo, se alquilan hoy ó se han alquilado en siglos posteriores al de César y Augusto; pero nunca ha llegado pueblo alguno á alquilar clientes y *amigas*, como podían hacerlo las damas de Roma, según un poeta de aquella época, para presentarse en el teatro con el séquito correspondiente á su vanidad.

Dejando ahora el aspecto material y económico de la vida, contemplemos con nuestro enviado los edificios públicos, las obras nacionales, los puntos en que se reunía y se caracterizaba el pueblo romano; y al llegar aquí admiremos ya sin rebozo y sin vacilaciones; admiremos confundidos, humillados, avergonzados. Con solo pene-

trar en el foro, que no era, como algunos creen, una sola plaza, sino que abarcaba toda una región de las catorce en que Roma se había dividido; con lanzar sobre aquella parte una ojeada aun más rápida que la que ha dirigido á otras calles, contaría nuestro viajero 34 templos, muchas estatuas de diversos tamaños, tres arcos de triunfo, varias basílicas y otros muchos monumentos de todo género. Aun antes de entrar en Roma se destacaban sobre los campos y los edificios soberbios acueductos, que traían á los dueños del mundo las aguas más cristalinas de fuentes ó de ríos situados á cuatro leguas de la ciudad, teniendo alguna de estas obras tres órdenes de arcos, cada uno de los cuales aportaba á la capital un caudal diferente. Por todas partes tropezaba la atónita mirada del viajero con pórticos, estatuas, termas, altares, columnatas, anfiteatros, circos, palacios, mausóleos, sin que aquella cantidad de monumentos grandiosos bastara á oscurecer ó vulgarizar su mérito, que antes bien andaba el ánimo perplejo entre el asombro que causaban tantas bellezas y la dulce admiración que cada una por largo tiempo exigía.

¿Qué otra ciudad del mundo ha reunido nunca tantas y tan imponentes grandezas? Atenas misma, la reina del arte, no pudo aglomerar igual número de monumentos, y la Roma cristiana, con ser en esto más rica que las grandes capitales modernas, aun tiene que ocultar su pobreza con algunos despojos de la ciudad antigua, brillando entre las obras debidas al cristianismo los imperecederos recuerdos del arte pagano.

Confundido y desorientado al principio, atónito poco después, nuestro viajero acabaría por entregarse francamente al entusiasmo, dejándose dominar por el íntimo y santo goce de la contemplación: olvidaría sin duda su misión analizadora; permanecería estático durante horas enteras ante las columnas del teatro de Marcelo, ante las aras de mármol que algo más allá se levantaban al aire libre, ante los varios templos de Júpiter y Venus ó ante los arcos de Scipion y de Germánico. ¡Y cuán-

(1) Plut. Crassus. Véase la notable obra de Debrozy.

to no sería su deleite, cuánto no crecería su entusiasmo si, á más de comprender y saborear las artes plásticas, gustaba también del de la palabra y rendía culto al de la poesía! En aquel foro podía escucharse diariamente la palabra, nunca vencida, del rey de la elocuencia; entre aquellas columnatas se leyeron los fastos, las metamorfosis, las églogas, las sátiras, las odas, los epigramas, los poemas épicos y las georgicas (años antes ó años despues) por aquellos poetas insignes que aun no ha querido reemplazar el tiempo.

Las bellas artes, importadas de Grecia, se formaron un adepto en cada romano, y á la muerte de César el génio belicoso y organizador de aquel pueblo habia conquistado ya ese misterioso encanto del arte, revelándolo á la vez en todas sus manifestaciones, asi en la vida pública como en aquellos pasquines cuya concisa redaccion produjo á veces verdaderos desastres, lo mismo en los pliegues de la clámide con que cubria sus hombros la elegante y altiva matrona, que en aquellas hojas de pergamino llamadas *Comentarii diurni* (1), con las cuales presintieron los romanos y reemplazaron en cierto modo los modernos periódicos.

Aunque nuestro viajero hubiera descui-

(1) Suet.^o

dado su mision entregándose á tales observaciones, no habria contentado á la verdad su amor propio de representante del siglo presente. Tampoco hallaria razon para envanecerse contemplando en el centro del foro ó en el foro, propiamente dicho, al pretor que, desde la silla presidencial, escoltado por los lictores, rodeado por los decenviros que formaban su obligado consejo y secundado además por otro consejo oficioso, escuchaba primero á los abogados ó al pueblo, y administraba justicia conforme á aquellas leyes y á aquellas costumbres forenses que han sido base y principal elemento para las leyes y para las instituciones juridicas de todos los paises y todas las razas.

¿Dónde estaba, pues, la inferioridad del pueblo romano? Hallando en las vias públicas tantas muestras de su grandeza, ¿habia de necesitar nuestro viajero ir á buscar en el triclinio ó en el vomitorium una demostracion de que no todo fué dado á los hijos de Rómulo?

¿Será la ley del progreso tan misteriosa y tan enigmática que solo pueda comprobarse analizando la sociedad en su vida íntima? ¿No hallarán el progreso en la historia los que, como nosotros ahora, juzgan no más con los ojos del cuerpo y por el primer aspecto de las cosas?

PIO GULLON.

(Se continuará.)

CONOCIMIENTOS DE HISTORIA NATURAL.

EL ELEFANTE.

El elefante es, de los animales terrestres, el de mayor magnitud.

Reune las cualidades del perro, del castor y del mono, que son los animales de mayor instinto.

La mano es el principal órgano de destreza del mono, y el elefante por medio de su trompa, que le sirve de brazo y de mano, coge toda clase de objetos, los más pequeños como los más grandes, los lleva á la boca, los coloca sobre su cuerpo, los comprime y los arroja, de modo que tiene la destreza del mono.

Tiene la docilidad del perro, y es susceptible, como este animal, de reconocimiento y de una gran afeccion; se acostumbra fácilmente al hombre y le sirve con celo, con fidelidad y con inteligencia.

En fin, el elefante, como el castor, ama la sociedad de sus semejantes; se hace entender; se reune con otros y obra de concierto con ellos.

Aventaja á estos animales por sus condiciones especiales de fuerza, de magnitud y de duracion de su vida.

El elefante no es sanginario ni feroz con

el hombre ni con los demás animales; usa solamente de su fuerza y de sus armas para defenderse y vengar las injurias, teniendo la cualidad notable de una gran memoria y tambien de una gran susceptibilidad.

No tiene gusto por la carne ni por el pescado; se alimenta de vegetales, raíces, yerbas, hojas y madera tierna. Come tambien granos y frutas. La cantidad de yerba que consume en un dia pasa de cien libras. Le gusta mucho el vino y los licores espirituosos.

Aunque su paso es muy pesado, es tan largo que alcanza fácilmente á un hombre corriendo.

Es difícil intimidar ni asustar á los elefantes; lo único que les sorprende y hace retroceder son los petardos y fuegos artificiales súbitos y repetidos. Tiene antipatía ú horror del cerdo; le basta oír el gruñido de este animal para conmoverse y huir. Aun es más singular el temor que le causan las ratas; á la vista de un raton tiembla.

Las hembras están preñadas dos años.

No engendran más que un individuo que al nacer es ya mayor que un javali, y á la edad de seis meses mayor que un bucy. Tardan treinta años en adquirir todo su desarrollo, y viven ordinariamente ciento treinta ó ciento cincuenta años. Hay autores antiguos que elevan estas cifras á cuatrocientos y á quinientos años.

El color ordinario es de un gris negruzco, pero hay algunos rojos y blancos, aunque estas variedades son muy raras y por lo mismo muy estimadas.

El elefante tiene los ojos muy pequeños relativamente al volumen de su cuerpo, pero son muy dulces y hasta espirituales.

Tiene un oído muy fino y las orejas son muy grandes; las mueve con gran facilidad y se sirve de ellas para limpiarse los ojos y precaverse de la incomodidad del polvo y de las moscas. Se deleita con el sonido de los instrumentos y ama la música; aprende fácilmente á seguir con sus movimientos el compás.

Su olfato es exquisito y ama con pasión los perfumes de toda especie, y sobre todo las flores de aroma. Las coge y reúne formando ramos, que goza en oler, y luego los saborea.

El sentido del tacto puede decirse que no le tiene más que en la trompa, pero es tan delicado como el de la mano en el hombre. Con la trompa, que tiene en su extremo un reborde ó punta que se alarga en forma de dedo, puede coger monedas, cortar flores, escogiéndolas una á una, quitar cerrojos y desechar llaves, y hasta se le enseña á trazar caracteres regulares

con un instrumento tan pequeño como una pluma.

Tiene la cabeza muy pequeña relativamente al volumen de su cuerpo, y sin embargo, es el animal de mayor inteligencia. No la puede volver apenas, y lo mismo le sucede con todo el cuerpo, de modo que para retroceder tiene que dar una vuelta extensa. Los cazadores se aprovechan de esta cualidad atacándole por detrás y por el flanco, á corta distancia, y verificándolo en los caminos estrechos y profundos.

Las piernas no son tan rígidas como el cuello y el cuerpo, pero no las puede doblar sino lenta y difícilmente. Cuando es viejo la flexion le es tan molesta que prefiere dormir de pié, y si se le obliga á echarse hay que levantarle luego y ponerle en pié por medio de máquinas. Cuando es jóven duerme echado, y, aunque pesadamente, dobla las piernas para dejarse montar ó cargar.

Los colmillos crecen tanto y llegan á tener un peso tan grande con la edad, que forman dos largas palancas en direccion casi horizontal, y fatigan mucho la cabeza del animal, de modo que algunas veces se ve obligado á practicar agujeros en las paredes de su habitacion para introducir los extremos de los colmillos y aliviarse de su peso.

Los elefantes producen tres sonidos ó gritos; uno con la trompa, que es agudo, otro débil con la boca, cuando piden alimento ú otras necesidades, y otro muy violento y verdaderamente terrible con la garganta.

La piel del elefante no tiene pelo como la de los demás cuadrúpedos; solamente algunas cerdas en las arrugas y encima de los párpados. No está adherida al cuerpo como la epidermis del hombre, y la piel de los otros animales, sino que lo está solamente por algunos puntos. Suele tener de tres á cuatro líneas de espesor. Está seca y endurecida en casi toda su extension, pero en las arrugas y otros puntos es muy sensible, y le incomodan mucho las moscas, defendiéndose de su picadura con gran habilidad, empleando no solo sus movimientos naturales, sino los recursos de su inteligencia. Con la cola, las orejas y la trompa las sacude; contrae la piel y las aplasta entre las arrugas; coge ramas de árboles y haces de paja para espantarlas, y si todo esto no basta, coge con la trompa grandes puñados de polvo y tierra y se cubre las partes sensibles.

Nada muy bien, aunque por la forma de sus piernas y de sus piés parece que debe tener dificultad; pero como la capacidad del pecho y del vientre es muy

grande y el volúmen de las intestinos y de los pulmones es enorme, y todas estas partes están llenas de aire, se hunde en el agua ménos que los otros animales, y puede nadar con ménos esfuerzo. A veces introduce en el agua todo el cuerpo y cabeza, dejando fuera el extremo de la trompa para respirar.

Los más grandes elefantes de las Indias y de las costas orientales del Africa tienen catorce piés de altura; los más pequeños, que se hallan en el Senegal y otras partes del Africa occidental, no tienen más que diez ú once piés. La longitud del cuerpo, medida desde el ojo hasta la raíz de la cola, es próximamente igual á su altura, tomada al nivel de la cruz.

Los elefantes tienen mucha dificultad en bajar las cuestas muy rápidas; necesitan doblar las piernas de atrás para que la parte de delante del cuerpo conserve el nivel con la grupa, y que el peso de su inmensa masa no les precipite.

Los medios que se emplean para coger, someter y domesticar á los elefantes son largos de detallar. Para cogerlos se elige, en medio de los bosques que frecuentan, un lugar conveniente, y se construye una especie de anfiteatro, formándose con una grande y fuerte empalizada, cuyos pilotes son gruesos árboles del bosque. La empalizada se construye dejando huecos que permitan por toda ella el paso del hombre y una sola entrada para el elefante, la cual se cierra una vez que este entra en el anfiteatro. Para lograrlo, se lleva una elefanta domesticada que esté en la época del calor, y aproximándose á los sitios donde hay elefantes, su conductor la hace bramar repetidas veces y la conduce al anfiteatro. Los elefantes la siguen y concluyen por entrar en la prision. Se han construido en Asia algunas veces anfiteatros de mamposteria, y hasta se han hecho palcos y terrados para gozar del espectáculo.

Los negros en Africa suelen limitarse á practicar grandes zanjas, suficientemente profundas y convenientemente ocultas, para hacer caer á los animales.

Los elefantes ya domesticados sirven para someter y enseñar á los nuevos, con una habilidad que parece increíble.

Los antiguos han tenido por este ani-

mal una especie de veneracion; le han atribuido, no solamente cualidades intelectuales, sino hasta virtudes morales. Los indios están aun persuadidos de que un cuerpo tan grande y magestuoso como el del elefante, no puede ménos de estar animado por el alma de un grande hombre. Se respeta en algunas partes, como en Siam, á los elefantes blancos, considerándolos como los manes vivientes de emperadores de la India; tiene cada uno un palacio, criados, vajilla, trajes magníficos, etc.

En los tiempos antiguos los elefantes se han empleado en la guerra. Hoy serian inútiles, usando armas de fuego y habiendo variado la táctica.

Cuéntanse muchos rasgos que manifiestan el carácter y la inteligencia de este animal. Hé aquí dos muy interesantes que proceden de autor verídico.

Un elefante furioso se vengó de su conductor matándole. La mujer del conductor, que presenció la catástrofe, cogió sus dos hijos, y desesperada se arrojó á los piés del animal, aun enfurecido, exclamando: «Ya que has matado á mi marido, mátame á mí tambien y á mis hijos.» El elefante se quedó quieto, se tranquilizó, y como si le afectase el remordimiento de su accion, cogió delicadamente con la trompa al mayor de los niños, le puso sobre su cuello, le adoptó para que fuera su conductor y nunca quiso obedecer á otro.

Un soldado de Pondichery tenia la costumbre de acariciar á un elefante dándole una porcion de aguardiente cada vez que él lo bebía. Se embriagó un dia el soldado, y perseguido por la guardia para reducirle á prision, fué á refugiarse bajo del elefante y se echó, quedándose dormido. La guardia trató en vano de sacarle de su asilo; el elefante le defendió con su trompa. Al dia siguiente el soldado se despertó, curado ya de su borrachera, pero al verse en aquel sitio, bajo el enorme animal, se asustó y comenzó á temblar por su vida. El elefante, comprendiendo, al parecer, su espanto, le acarició con su trompa para tranquilizarle, y dándole á entender que estaba en seguridad y podia irse, como en efecto el soldado lo hizo.

CONOCIMIENTOS DE LA LENGUA CASTELLANA.

Frases y locuciones viciosas.

Conclusion (1).

Empujon, y también *Rempujon*.
Enaguas, en plural, y no *Enagua*.
Enjundia, de gallina, y no *Enjuncia* ni *Injuncia*.

Escotar, *Escote*, en todas sus acepciones, y no *Descotar*, *Descote*.

Espasmo y *Pasmo*.

Velas de *Esperma*, y no de *Espelma*.

Estoraque, y no *Estorac*.

Ex profeso, y no *Desprofeso*.

Estrupicio y *Estropicio*, son palabras que se emplean sin estar en ningún *Diccionario* de la lengua castellana.

Fortísimo, superlativo de *Fuerte*, y no *Fuertísimo*.

Frustrar, y no *Fustrar*.

Fusilar, y no *Afusilar*.

Golosear y *Golusear*, son voces que se usan, pero el *Diccionario* de la Academia no las tiene.

Grietarse, *Grietado*, y no *Agrietarse*, *Agrietado*.

Grosura, y no *Gruesura*.

Heliotropio, planta, y no *Heliotropo*.

Heterogéneo, y no *Heterogéneo*.

Holgorio, y no *Jolgorio*.

Hosco, se dice también *Fosco*.

Hucha, y no *Bucha*.

Huésped, y no *Huésped* como algunos dicen.

Itericia, y antiguamente *Iteribia*, pero no *Itiricia*.

Idem, y no *Iden*.

Ignoble, no se usa, sino *Innoble*.

Incontinenti, que significa en el acto, en seguida, no se diga *Incontinente*, que significa que no tiene continencia.

Incrustar, y no *Incrustar* ni *Incustrar*.

In fraganti, si se dice en latín, y *En fragante* ó *fragrante*, si se dice en castellano.

Infulas, y no *Insulas*. Es muy frecuente oír,

fulano tiene *ínsulas* de sábio, en vez de *infulas*.
Invierno, y no *Ivierno*.
Istmo, y no *Itsmo*, ni *Ismo*.

Jaletina, y también *Gelatina*.

Menjurge, y no *Menjunge*.

Meteorología, y no *Metereología*.

Mordiscar, y no *Mordisquear*.

Murmurar, y no *Mormurar*, y análogamente *Murmullo*, y no *Mormullo*.

Neblina, y no *Nieblina*.

Obscurecer, *Obscuro*, puede decirse, y se usa más *Oscurecer*, *Oscuro*, suprimiendo la *b*; pero en todas las demás palabras de la misma raíz como *Obsceno*, *Obstar*, *Obstinado*, etc., no se suprime.

Optar, *Opcion*, suele decirse equivocadamente *Obtar*, *Obcion*, por confundir la pronunciación *op* con *ob*; por la misma causa se comete el error de escribir *Optener*, *Optuso* por *Obtener*, *Obtuso*.

Obvencion, y no *Ovencion*, y análogamente *Obviar*, *Obvio*, y no *Oviar*, *Øvio*.

Palangana, puede decirse también *Palancana*.
Paroxismo y *Parasismo*.

Pavonar, *Pavonado*, y no *Empavonar*, *Empavonado*.

Pazquato, y no *Pazcuato*.

Pebre (salsa), y no *Prebe*.

Perendengue, y no *Pelendengue*.

Perene ó *Perenne*.

Pésimo, y no *Pécimo*.

Pespuntar y *Pespuntado*, y no *Pespuntear*.

Petimetre, y no *Petrimetre*.

Pifia, golpe en falso en el juego de billar y otras acepciones, y no *Picia*, como algunos dicen.

Piojo, y no *Piejo*.

Pipitaña, y no *Pepitaña*.

Pizpereta y *Pizpireta*, pero no *Pispireta*.

Podredumbre, y no *Podedumbre*.

(1) Véanse los números 1.º y 2.º

Posar y Posarse, y no *Aposar, Aposarse*.
Presidiario y Presidario.
Prever, y no *Preveer*.
Prohijar, y antiguamente *Porhijar*, pero no *Aporhijar*.

Rabel, y no *Arrabel*.
Reivindicar, y no *Revindicar*.
Reloj, y no *Reló*, especialmente en la escritura.
Remangar, y también *Arremangar*.

Sahumar y Desahumar suelen emplearse indiferentemente, siendo su significacion enteramente contraria, pues *Sahumar* es dar humo á alguna cosa para purificarla ó para que huelga, y *Desahumar*, es quitar el humo de alguna cosa ó lugar.

Septeno, Séptimo, Septuplicar, Septentrion, Septiembre, pueden escribirse, y es hoy más comun, *Seteno, Sétimo, Setuplicar, Setentrion, Setiembre*.

Un *Sinfin* ó una *Infinidad*, pero no una *Sinfinidad*.

Somormujo y Somorgujo, pero no *Sumormujo*.
Subscribir, Substancia, Substantivo, Substituir, Substraer y sus derivados, se escriben hoy *Subscribir, Sustancia, Sustantivo, Sustraer*, suprimiendo la *b* de la preposicion ó raiz *subs*, lo que tiene la ventaja de escribir una letra ménos y hacer la pronunciacion más suave.

Subscripcion, se decia antes, ahora *Suscripcion*.
Subvenir, Subvencion, y no *Suvenir, Suvencion*.

Té se debe escribir con acento para expresar la planta ó bebida.
Tinaja, y no *Tenaja*.

Transcendencia, Transferir, Transformar, Transportar y todas las voces compuestas de la preposicion latina *trans*, se escriben hoy suprimiendo la *n* cuando á la *s* sigue una consonante, y se pone *Transcendencia, Trasferir, Trasformar*, etc., conservando dicha *n* cuando á la *s* sigue una vocal, como en *Transaccion, Transicion*, etc. La Academia ha aceptado esta modificacion ventajosa.

Vaiven y Vaivenes, y no *Vaivienes*.

El tiempo *Veia* del verbo *Ver*, se dice también *Via*.

Los tiempos *Viniste, Vinisteis, Vinimos*, del verbo *Venir*, se dicen también *Veniste, Venisteis, Venimos*.

Se dice muy comunmente *tú fuistes, tuvistes, subistes, hablastes*, etc., en lugar de *fuiste, tuviste, subiste*, etc., es decir, que se añade equivocadamente una *s* al final de dichas voces y otras análogas, correspondientes á la segunda persona del pretérito perfecto de indicativo en todos los verbos.

Son también muy comunes algunas locuciones adverbiales y prepositivas viciosas, y aunque algunas de ellas están tan generalizadas que casi las admite el uso, deben evitarse para hablar con propiedad. Sean, por ejemplo, las siguientes:

SE DICE.

DEBE DECIRSE.

—	—
Allies donde estuve ayer.	Allí estuve ayer.
Volveré despues.	Volveré.
Vuélvete atrás.	Vuélvete.
Sube arriba.	Sube.
Baja abajo.	Baja.
Sal afuera.	Sal.
Vive con su trabajo.	Vive de su trabajo.
Voy á por pan.	Voy por pan.
Para por la noche.	Para la noche.
Hasta por la mañana.	Hasta la mañana.
Desde por la tarde.	Desde la tarde.
Segun sobre lo que sea.	Segun lo que sea.
Con efecto.	En efecto.
Humano con los criados.	Humano para los criados.
En todavia falta.	Todavía falta.
Vengo de seguida.	Vengo en seguida.

La coleccion de frases que precede no contiene la multitud de errores, verdaderos barbarismos gramaticales, que comete la gente ignorante, como *Hospital* por *Hospital*, *Haiga* por *Haya*, *Verdaz* por *Verdad*, *Conceuto* por *Concepto*, *Comel* por *Comer*, *Semos* por *Somos*, etc., etc. Se han incluido solamente las que el autor cree haber notado con más frecuencia entre gente de instruccion.

F. C.

CONOCIMIENTOS VARIOS.

La espada de Damocles.

Hablando un día con Dionisio, rey y tirano de Siracusa, uno de sus cortesanos aduladores, le pintaba un cuadro pomposo de su poderío, de sus tesoros, de la magnificencia de su reinado, de la abundancia en que nadaba y de la fastuosa opulencia de su morada real. Jamás, según decía, mortal alguno en el mundo había sido más dichoso. «Pues bien, Damocles, amigo mío, le dijo el tirano; puesto que mi existencia te parece tan envidiable, te agradecería á ti tenerla? Te propongo hacer la prueba.» Damocles aceptó. En seguida el rey le hizo instalar en un magnífico diván de oro con suntuosos cojines y cubierto de una tapicería ricamente bordada. Delante se le colocó una mesa, llena de los más exquisitos manjares con un magnífico servicio de plata labrada y oro cincelado. Al rededor de la mesa un gran número de jóvenes esclavas, escojidas entre las más bellas, se preparaban á servirle y á cumplir sus órdenes. Por todas partes le rodean coronas y le envuelven los ricos perfumes que se quemán en espléndidos pebeteros. Damocles, en medio de tanta magnificencia y belleza, estaba embriagado de felicidad y se consideraba el más dichoso de los hombres. Pero, hé aquí que de repente una espada desnuda y luciente, suspendida en el techo por una crin de caballo, descende amenazadora sobre la cabeza del feliz convidado. Desde entonces ya no admira la riqueza del servicio; ya no puede recrearse con la vista de las bellas esclavas; sus manos no se dirijen á los exquisitos manjares; su intranquilidad no le permite gozar de los aromas ni del lujo; el terror le acomete, y suplica al tirano que le permita retirarse; que ya ha gozado bastante de la felicidad; que no hay dicha posible con el fatal peligro que le amenaza.

Esta es la fábula y el origen de la tan citada *espada de Damocles*. Cada vez que un peligro amenaza constantemente, se dice que es la espada de Damocles. Se ha abusado de esta expresion hasta el ridiculo. Y á propósito de esto, un distinguido escritor francés cuenta la siguiente anécdota.

En el momento en que la guerra de Cri-

mea estaba á punto de estallar—suceso contemporáneo y bien reciente que nuestros lectores conocerán—todo el mundo en París tenia los ojos fijos en el embajador de Rusia. Se expiaban sus movimientos; se comentaban sus palabras y sus gestos; se sacaban conjeturas de sus más indiferentes acciones. Se retirará el embajador? ó no se retirará? Hace sus maletas? ó no? Esta fué durante algunos días la cuestion general repetida á coro por el público y por la prensa. Pues bien, con motivo del asunto, un periódico dijo humorísticamente que *la maleta de M. Kisseloff*—así se llamaba el embajador—era *la espada de Damocles de la Europa*.

Por lo demás la fábula referida tiene su moraleja. Todos los hombres tenemos en esta vida suspendida sobre nuestra cabeza la fatal espada. La codicia, la ambicion, el temor, la esperanza, son los tiranos que la tienén cogida; los azares de la vida forman el hilo imperceptible que la sostiene suspendida.

Las horcas caudinas.

Un ejército romano, sorprendido y acosado por los Samnitas en el año 321 antes de Jesucristo, se vió obligado á capitular y someterse al yugo de sus vencedores. Tuvo lugar la accion en un desfiladero de los montes Apeninos, inmediato á la villa de *Caudio* (hoy Arienzo, provincia de Nápoles), desfiladero que llevaba el nombre de Horcas de Caudio ó Caudinas.

Desde este suceso, cuando un general se veia obligado á entregarse y deponer las armas, se decía que habia tenido que *pasar por las horcas caudinas*.

Después se ha generalizado la metáfora, y se aplica, impropriamente acaso, en frases como las siguientes:

Los libros tienen que pasar por las horcas caudinas del fiscal. Un cuadro está bajo las horcas caudinas del jurado de admision. Tal cuestion política pasa por las horcas caudinas de la diplomacia.

D.

Director y Editor responsable,
FRANCISCO CARVAJAL.